

EL SOBERBIO "RIGOLETTO" DE ANOCHE

UNA VELADA MEMORABLE DE ARTE

TITTA RUFFO Y ALEJANDRO BONCI ACLAMADISIMOS

Será realmente memorable la velada de ayer en el Urquiza. Memorable por la cantidad y calidad de la gente que llenaba la sala y por la estupenda interpretación que el «Rigoletto» de Verdi obtuvo por parte de Titta Ruffo, Bonci y Mancinelli. Estupenda he dicho y no retiró el calificativo. Desde los inolvidables tiempos de Stagno, Massini y Menotti — que parecían ir para no volver más — no oía yo un «Rigoletto» como el de anoche. Y desde aquellos tiempos famosos, en que la sala de nuestro primer teatro se levantaba en masa para aclamar á los tres colosos del arte lírico, no presentaba yo el espectáculo de un público enorme, enquantado y tieso, entregado á la tarea, durante más de veinte minutos, de exteriorizar el entusiasmo delirante que la vieja y sobada partitura verdiana le producía. Porque eso ha sido el «Rigoletto» de anoche: un continuo deleite, una continua ovación, un continuo crepitar de entusiasmos y estallar en aplausos.



Titta Ruffo

Apenas descansaba la sala de un espasmo de intenso placer, otro espasmo le estremecía y lo exaltaba hasta el delirio. Faltaba tiempo para oír y aplaudir. Para oír á Titta Ruffo y á Bonci, especialmente, que parecían disputarse en encarnizamiento los sufragios del público montevideano. Al primero, al coloso de los barítonos actuales, le fué extremadamente fácil conquistarse la sala del Urquiza. El éxito enorme logrado en la vecina culla, donde ha sido el héroe de la temporada del Colón, le habían preparado anticipadamente el espíritu del público. Se le sabía grande, se le sabía formidable, y se le esperaba con el aplauso pronto. Su talento hermoso, su magnífica escuela de canto, su manera única de interpretar el grotesco personaje de la concepción verdiana, sobrepassaron, sin embargo, todas las esperanzas concebidas, y lo que para muchos era una especie de figura de leyenda se convirtió en realidad magnífica. Yo no sabría decir á mis lectores en qué escena, en qué pasaje, en qué frase fué donde más artista se reveló Titta Ruffo, porque para mí fué artista siempre, en la

imprecación contra la vil raza de cordobeses, que dijo acerradamente, con acentos que parecían estiletaos, como en los co-queos con Gilda, plenos de amor, de ternura, de sentimientos infinitos, en el grito de venganza del segundo acto, que desató la más estrepitosa de las ovaciones de que se tiene memoria, — página admirable de la labor de anoche, por lo que tiene de verdad, de fuerza de expresión, de estallido del más cruel de los dolores — como en la postrera etapa de la partitura, en aquel entrecacer de ansias salisfechas, de dudas horribles, de ironías lacerantes, de desesperaciones y desengaños supremos... Labor soberbia, de una belleza imponderable, en que el talento del artista se reveló en toda su grandeza, en toda su magnificencia deslumbrante. No sedujo la voz del cantante, que ni es robusta ni es de las que se cuecen rápidamente por el oído y se apoderan del espíritu: no. Lo que impresionó fué su condición única de intérprete, su dicción única también, y la fuerza, el fuego, la vida que pone en cada una de sus frases, en cada uno de sus gestos, que responden siempre á un estremecimiento de su alma. Al lado de Titta Ruffo, y luchando con la extensa sombra que este proyectaba á su alrededor, se destacó también el tenor Bonci. Su triunfo resultó, por lo tanto, más bello por más difícil. La primera romanza — «Questa o quella», que tuvo que hilar, — inició el éxito, que fué «*en crescendo*» en los dos actos subsiguientes y llegó al colmo en la archisabida «Donna e mobile», también repetida entre ovaciones que semejabán tormentas. La atmósfera que contra él se desató en Buenos Aires, y que, pasando el río, se había extendido hasta nosotros, le favoreció en vez de perjudicarlo. Y le favoreció porque en las primeras notas se descubrió en él á un cantante de ley, á un artista de talento indiscutible, al Bonci cuya fama han pregonado las trompetas europeas y norteamericanas, fino en el decir, elegante, seguro, rebelde á los efectos, y amante de la clásica escuela de canto italiano. No es dueño de extraordinario caudal de voz, ni ésta tiene mucho espesor. Pero lo que posee, y que llega á alturas como comunes en artistas de su género, le permite cantar desenvueltamente, sin temores, ni tropiezos, ni esfuerzos de clase alguna. Tenor lírico, como se entendía el tenor lírico en la época en que andaban por el mundo Massini y Stagno, canta con amor, con pureza, sin abusar de los grupetos, de las cadencias, de todas esas filigranas propias únicamente de las damas ligeras. Y eso que en cadencias y en grupetos Bonci es un maestro. Nadie como él para endoqu coastar al público con las maravillas de su garganta. Anoche, sin ir más lejos, en la romanza del cuarto acto, — que se le hizo repetir, — ofreció un serie de cadencias deliciosas, de una transparencia cristalina. Hay, en algunos momentos, cierta dureza en las notas centrales, que el cantante disimula con su arte exquisito, único que al público sugiestiona y al que el público brinda todos sus entusiasmos. En la acción es gran artista también Bonci. No un actor á lo Titta Ruffo — que es tan notable cantante como

psicólogo sutil — sino artista de refinamientos elegantes y de delicadezas de dicción. En fin, un digno compañero del colosal barítono, y un artista digno de la aureola de celebridad que envuelve su nombre, y que no solo le proporciona conquistas escénicas sino también amorosas... Al maestro Mancinelli hay que rendirle póstumo homenaje, como se lo rindió anoche el público en las quince, veinte ó treinta llamadas que, conjuntamente con los intérpretes de «Rigoletto», le hizo en los entreactos y al final de la representación. Magistrada dirección la suya, y magistral orquesta, por lo tanto. Como una gran máquina, que respondiera á los latidos de una gran alma, la ejecución que nos ofreció la Orquesta del Urquiza fué sencillamente soberbia, por original y por justa. Es el mayor elogio. De la Pareto poco tengo que decir. Mujer joven todavía, está en los comien-



Alejandro Bonci

zos de su carrera: es una estrella que nace, y que puede adquirir fulgor intenso. Afinada de voz y agraciada de figura, se hace simpática fácilmente. Acompañó con muchísima discreción á Titta Ruffo y á Bonci, y el rozamiento de la nota final del «Caro nome», que lo dijo con mucho gusto, le valió la más estrepitosa de las ovaciones que se puede imaginar y, casi casi, el bis de la romanza. Más ganartera, ni pintada... Lo demás del espectáculo no llamó la atención. El público espera ahora ansiosamente la continuación de la temporada. ¿Se realizará? Los artistas á quienes se pregunta dicen que se marchan el 5 de Septiembre, concluidos definitivamente sus compromisos con el trust. Anoche, en los corrillos del Urquiza, se decía que las ocho funciones restantes se efectuarían en la forma anunciada. ¿Cómo? Mediante una de las infinitas y mágicas combinaciones que el trust, á diario, proyecta...

Teógenes.